

apartó por eso, en nuestro concepto muy acertadamente, del método literal. Quería que los niños aprendiesen primero las vocales, y luego las consonantes, por el orden de mayor facilidad en la pronunciación; pero prescindía de la repetición de estas mismas letras en la lectura de las sílabas, en lo cual obraba también con mucha cordura.

Naharro, cuyo *Arte de leer* goza de tanta reputación, porque, según se cree, ha seguido exclusivamente el método silábico, no abandonó tampoco el literal, puesto que su primera tabla contiene las vocales simples, y la segunda las compuestas. Es verdad que, á imitación del P. Delgado, prescindió del monótono deletreo en la lectura de las sílabas; pero como los niños llevaban aprendido uno de los dos elementos que constituyen la sílaba escrita, cuando ésta consta de voz y articulación, venían á aprender los signos de ésta en la frecuente repetición silábica. Respecto al orden de presentar ésta, siguió también el principio orgánico. Para su ejecución en la práctica compuso su atlas en cincuenta y dos tablas, que comprenden los sonidos ó vocales, las sílabas y diptongos por el orden orgánico, y, por último, los alfabetos, según el establecido en el Diccionario. Vese, pues, respetado en Naharro el principio literal. Compuso además Naharro otro librito, titulado *Método práctico*, que no analizamos, porque anda en manos de todos. Naharro hizo un gran bien á la enseñanza de la lectura, logrando sustituir con su *Silabario* y *Método práctico* la *Cartilla* y el *Catón* antiguos.

Todos los ensayos verificados para modificar los *Artes* del P. Delgado y de Naharro, no han llegado ciertamente á conseguir lo que se propusieron, ni aun á igualarlos en mérito. Por eso suspenderemos aquí el examen de los demás procedimientos fundados en el principio orgánico.

Réstanos sólo echar una rápida ojeada á los métodos de la cuarta categoría, es decir, á aquellos que, fundándose en principios generales de enseñanza han hecho aplicación de ellos á la de la lectura.

La celebridad, no menos que la rectitud del juicio, dan la preferencia en este examen al método de Pestalozzi. Sabido es que éste, fundando todo su método en la intuición y en el principio interrogatorio, no había de abandonarlos en la enseñanza de la lectura. Comenzó, pues, ésta dando á conocer las letras por medio de gruesos caracteres pegados á unas tablillas para colocarlos donde mejor le acomodaba. Luego que los niños los distinguían entre sí, les leía una palabra cualquiera de un libro, y les hacía acerca de ella las preguntas siguientes:

- ¿Cuántas letras hay en esta palabra?
- ¿Cuál es la primera?
- ¿Cómo suena con la segunda?
- ¿Cómo suenan las dos primeras con la tercera?
- ¿Cómo suenan las tres primeras con la cuarta, etc., etc.?

En esto consistía el primer ejercicio. En el segundo las preguntas versaban sobre lo que sigue:

- ¿Cuántas sílabas hay en esta palabra?
- ¿Cómo suena la primera?
- ¿Cómo suena la primera con la segunda, tercera, etc.?
- ¿Cómo suena la palabra entera?

El tercer ejercicio tenía por objeto hacer leer varias veces de seguida la misma palabra; separando con cuidado cada sílaba. Formaba el cuarto ejercicio la lectura del primer miembro de una frase cuyas palabras se habían leído antes del modo predicho, y finalmente, el quinto consistía en la lectura de frases enteras cuyos miembros hubiesen leído antes de la manera indicada. Tal era el método de Pestalozzi.

Por el órden lógico, tras el profesor suizo viene el filósofo Jacotot. Su método general ó natural, como le llama, consiste en no tener ninguno. Jacotot suprimió de una plumada las escuelas y los maestros. Proclamó el principio de que puede enseñarse lo que se ignora, y que todo puede aprenderse por sí mismo sin necesidad de maestro ni guía. El secreto consiste en aprender bien una cosa y referir á ella todas las demás. Lo que se ha de aprender puede conseguirse por el esfuerzo individual; basta querer. La naturaleza es nuestra maestra en un principio, y por consiguiente, algo nos habrá enseñado para referir á él lo que tengamos que aprender. Jacotot, para comprobar la excelencia de su método, sentaba como principio: *todos los hombres tienen una inteligencia igual: todo se halla en todo*. Jacotot ensayó su método en la enseñanza de las lenguas: *El Telémaco* de Fenelón fué su libro favorito. A los españoles pudiera servirnos el *Quijote* de Cervantes. Pero su método es igualmente aplicable á la lectura. Según el, basta querer saber para saber. Una madre ignorante, que no conozca la A, puede aprender á leer por sí misma si sabe el *Padre nuestro*, le tiene escrito en un libro y le mira con frecuencia y atención al pronunciar las palabras de la oración de Jesucristo. Siguiendo el mismo método, y haciendo observar á los niños los mismos principios, podrá conseguir que éstos aprendan también por sí mismos á leer. Basta al efecto que refieran lo que les ha enseñado la comparación recitada del *Padre nuestro* con esta misma oración escrita, y referir todo lo demás á lo que por este medio se haya aprendido. Lo que acabamos de decir indica sobradamente que, si hay en ello un principio de verdad innegable, pues la observación es madre de la ciencia, Jacotot ha llevado este principio hasta la exageración. Es verdad que luego propone, no sólo que nos valgamos del maestro para dirigir la investigación de los principios y relaciones de la lectura en una frase dada, sino que juzga oportuno una serie analítica de preguntas y de rectificaciones por el maestro, lo que equivale á permitir el principio interrogativo en esta enseñanza; y ya vimos en otro lugar la gran utilidad que de él puede sacarse.

Un español, cuya memoria es justamente apreciada, apoyado en los principios de Pestalozzi, y principalmente de Jacotot, fundó su famosa *Teoría de la lectura ó Método analítico para enseñar y aprender á leer*. Nuestros lectores comprenderán fácil-

CAPILLA AFRASINA

mente que nos referimos al Sr. Vallejo. Este esclarecido escritor basó su método en la frase: *Mañana bajará chafallada la pacata garrasayaza*, como Jacotot en la suya *Calipso no podía consolarse de la marcha de Ulises*, etc., etc. La teoría del Sr. Vallejo es conocida de todos, y por eso no continuaremos aquí su análisis. Baste decir que todo su método consiste en la descomposición de la frase indicada en sílabas, presentadas en una clave, y de varias reglas poco inteligibles, especialmente para los niños, y que marcan el modo de reunir las sílabas y las palabras.

Cuanto acabamos de referir relativo á los métodos y procedimientos de lectura hará conocer á nuestros lectores que no hemos poseído hasta ahora un método completo de lectura, ni unos procedimientos que establecieran su acertada práctica. Los que se han llamado métodos de lectura no han sido más que maneras de proceder para alcanzar los primeros rudimentos de esta enseñanza, ó cuando más una perfecta inteligencia de la escritura por medio de análisis y síntesis más ó menos completos. No se ha pensado en formar un curso metódico de lectura, que, empezando por sus elementos, condujera al niño al perfeccionamiento de este arte. Nadie ha pensado tampoco en que, para el niño que sabe leer se abre ante sus ojos un nuevo mundo, que le pone en relación con los ausentes y con los que antes que él existieron, y no le ocupan sólo los pensamientos de sus contemporáneos que le rodean, sino los de toda la humanidad en todo su conjunto y en toda la serie de los siglos. ¿Y no sería peligroso abandonar al niño en este nuevo laberinto de ideas, sin guiarle en su acertada elección? Ciertamente que sí; y por eso, al generalizar la lectura á todas las clases sociales, es necesario que el método sea altamente filosófico; que este mismo método habitúe al niño á la observación y á distinguir lo verdadero de lo falso; que le inspire gusto por lo bello; que le haga apreciar las bellezas del idioma patrio; que le inspire deseos de conocer á sus eminentes escritores; que las ideas morales y los conocimientos útiles se encadenen naturalmente en el aprendizaje de la lectura; finalmente, que todas las ideas que adquiriera durante la enseñanza de este admirable arte le conduzcan á despertar en su ánimo la idea de Dios por medio de la contemplación de las maravillas de la naturaleza y de su propio sér. El niño que aprende á leer bajo los auspicios de un método filosófico como el que acabamos de bosquejar, adquiere, no sólo un gran medio de ensanchar la esfera de sus conocimientos, sino un guía seguro para conducirse siempre por la senda de lo justo y de lo bueno. Las ideas religiosas que nacen de la contemplación del orden y armonía de la naturaleza, puestas continuamente en acción desde que comienzan los primeros rudimentos de la lectura, son una saludable semilla que dará después opimos frutos. Como hemos dicho al comenzar nuestras consideraciones acerca de la enseñanza de la lectura, nuestros preceptistas del arte han pensado muy poco en las grandes ideas á que acabamos de elevarnos. Todos sus conatos se han dirigido á conseguir el que los niños vencieran rápidamente todas las dificultades de la

lectura. Ciertamente que la economía de tiempo es una cosa que no debe despreciarse; pero es el caso que tampoco han acertado á llenar esta necesidad, que tanto abultaban y presentaban en primer término. La enseñanza de la lectura en nuestras escuelas era una cosa interminable; esto era tanto más lastimoso, cuanto que el niño no aprendía ninguna otra cosa hasta que comenzaba por lo menos á leer de corrido, según entonces se decía. Ahora que todas las enseñanzas comienzan para el niño desde el momento en que pisa la escuela, pierde en cierta manera su importancia la rapidez de conseguir la adquisición de los primeros elementos de lectura. Por otra parte, tenemos una firme persuasión en la exactitud del raciocinio del retórico Quintiliano acerca de la importancia del tiempo, que consideraba como un elemento necesario para aprender á leer; elemento que en vano se pretende eliminar de su enseñanza. «Cuando los niños lean, dice, que no se forme empeño ni apresure la articulación de las palabras, ni su reunión antes que se vea reunen sin vacilar las letras. Es increíble cuánto esta precipitación perjudica á la lectura, y cuánto así atrasan los niños en ella por quererlos obligar á que adelanten demasiado...» La experiencia nos ha dado á conocer la verdad que encierran estas palabras de Quintiliano. Así, muchos de nuestros métodos de lectura, que á continuación de cierto número de sílabas ó de palabras que las contienen (pues también los racionalistas han incurrido en ese error), ponen un ejercicio de frases, formado por la combinación de dichas sílabas ó palabras, lejos de conseguir el objeto de apresurar la enseñanza que se proponen, la atrasan considerablemente. Es más, forman en el niño un hábito fatal de vacilación y falta de sentido en la lectura de los períodos, que no es posible conseguir desterrar, aun después que comienzan á leer con desembarazo. Este procedimiento es sobre todo perjudicialísimo para lograr la perfección en la lectura en alta voz, que como primer requisito exige una pronunciación distinta y pura. Los que duden de nuestro aserto, que hagan la experiencia que vamos á indicar. Enséñense dos niños de igual edad y próximamente de la misma comprensión; al uno por el método vicioso que acabamos de indicar, al otro por una serie bien larga de palabras, desde las monosílabas hasta las polisílabas, y aunque en su disposición no haya el mayor mérito ni criterio. Empléese para ello el silabeo ó deletreo; es indiferente. El primero, es decir, el que aprenda por el procedimiento defectuoso que acabamos de mencionar, leerá más pronto frases y períodos, pero con vacilación y sin sentido; el segundo, por el contrario, tardará más tiempo, quizá el doble, en romper á leer; pero leerá con pausa, con pureza, con sentido y sin vacilar; perfeccionaráse indefinidamente, mientras que el otro saldrá tal vez de la escuela sin poseer una lectura corriente y pura. Esta experiencia, que todo el mundo puede hacer, convencerá que el mérito de algunos métodos de lectura se desvanece como el humo; una indiscreta y poco meditada economía de tiempo es un gran mal.

Puesto que hemos mencionado los principales defectos de que adolecen la gran mayoría de los procedimientos y métodos de lectura, réstanos consignar nuestra opinión acerca del mejor método y procedimiento en la enseñanza de este importantísimo ramo. Lo que dejamos dicho revelará ya bastante á nuestros lectores el pensamiento que nos domina en esta parte.

Un método de lectura en nuestro juicio ha de ser completo, filosófico; completo, es decir, ha de abrazar no sólo el conocimiento de las letras, la reunión de éstas en sílabas: la de éstas en palabras, la de las palabras en proposiciones, y la de éstas en frases y períodos, sino el de la entonación de los períodos, por medio de los signos ortográficos y puntuativos, los énfasis, la modulación, las cadencias y la expresión. Ha de dar un conocimiento exacto, teórico y práctico de la lectura de los palabras y de las frases; ha de comprender los diversos generos de escritos, el verso y la prosa; y en una palabra, ha de tener presente todos los requisitos que exige la buena lectura en alta voz; esto es, pronunciación clara, inteligencia del escrito, conocimiento prosódico, alternativa de respiración, pausas, énfasis, cadencias y modulación proporcionada al sentido, belleza y armonía del discurso, naturalidad y gracia de expresión. El método ha de ser filosófico; esto es, ha de graduar las dificultades de la enseñanza, ha de acomodarlas al desarrollo intelectual de los niños, ha de proporcionarles conocimientos familiares y útiles, siguiendo el mismo desarrollo, y finalmente, ha de infundirles sanas doctrinas morales y religiosas.

Siguiendo estos principios, un método de lectura dividiráse naturalmente en tres grados. Constituye el primero el conocimiento de la lectura de las letras y de las palabras. La disposición del libro ó cartilla que ha de contener este grado preliminar, es en nuestro concepto bastante natural. En efecto, todos los autores convienen en que se den primero á conocer las vocales, y por consiguiente los signos que las representen serán los primeros que se pongan á la vista de los niños; y luego las mismas vocales acompañadas de la letra *h*. Para fijar más la atención del niño, es útil presentar á continuacón, mezcladas entre sí, las vocales en diversa dirección y manera. He aquí, pues, cual debiera ordenarse este primer ejercicio:

a	e	i	o	u
ha	he	hi	ho	hu
		y		
A	E	I	O	U
		Y		
a	e	i	o	u
e	i	o	u	a
i	o	u	a	e
o	u	a	e	i
u	a	e	i	o

Lo que en seguida debe presentarse á los niños son los sig-

nos de las letras consonantes. ¿En qué forma? El método orgánico no tiene en nuestro concepto la importancia que ha querido dársele. Los niños que van á la escuela no van allí á aprender á hablar, sino á leer. En las mismas escuelas de párvulos, á que concurren niños de dos á tres años, no se tiene en cuenta para nada la facilidad de pronunciación para la enseñanza de las letras, y, sin embargo, en las escuelas de párvulos las aprenden todos. La vista es el sentido por el cual el niño adquiere este conocimiento, y por consiguiente, es más útil atender á la forma que presentan las letras, y siguiendo este principio, nos parece ser más natural la siguiente:

B	D	T	F	V	H	L	Ll	P
b	d	t	f	v	h	l	ll	p
Q	C	CH	G	J	S	Y	M	N
q	c	ch	g	j	s	y	m	n
			Ñ	X	R	Z		
			ñ	x	r	z		

Una vez conocidos por el niño estos primeros elementos de la palabra escrita, el orden natural y lógico indica la utilidad de poner á su vista algunas palabras sencillas, y en lo posible familiares, cuya lectura, descomposición y recomposición les indique el mecanismo de la lectura de las sílabas. Al efecto creemos de suma utilidad los cuadros A, B y C, que copiamos á continuación.

(A)

be	di	tu	fe	vi	la	po	ca	cho	si	yo	mu	no	re
a	a	a	a	a	e	a	»	a	a	a	a	a	a
i	e	e	i	e	i	e	»	e	e	e	e	e	i
o	o	i	o	o	o	i	o	i	o	i	i	i	o
u	u	o	u	u	u	u	u	u	u	u	u	u	u

(B)

a-llá	fa-ja	gu-la	pa-gue	a-re	ma-za
a-lli	e-je	ga-je	va-ra	a-rre	ca-ro
e-llo	a-quí	ge-me	ba-rra	co-la	ce-na
a-jo	que-ja	gi-ro	pe-ro	zu-mo	ze-lo
va-no	ju-go	gui-so	pe-rro	cu-na	ci-ma
lle-no	ri-ña	la-zo			

(C)

id	al	os	en	un
b	b	b	b	b
t	d	t	d	d
f	t	f	t	t
l	f	l	f	f
p	p	p	l	l
g	c	c	p	p
j	g	g	c	c
s	j	j	j	g
m	s	m	s	j
n	m	n	m	s
r	n	r	x	m
z	r	z	r	r
»	z	»	z	z

El cuadro A, con su complemento B, puede servir al maestro para dar al niño un conocimiento preliminar de las sílabas directas; el cuadro C les presta iguales servicios para las sílabas inversas. Además, como la base de dichos cuadros son palabras significativas, cuya acepción debe darse á conocer desde luego á los niños, estos primeros pasos de la enseñanza no son más que ejercicios analíticos y sintéticos, como Pestalozzi, Jacotot y Vallejo propusieron; hay sólo en ellos más filosofía, porque se comienza por las palabras más sencillas y cortas de nuestra lengua. El orden natural conduce de aquí á la lectura de palabras, graduando su dificultad por el número de elementos conocidos de que constan, sin atender rigurosamente al número de sus sílabas. En efecto, *da, tu, ir*, son palabras monosílabas y bastante sencillas, que pueden ponerse desde luego á la vista de los niños. Tampoco hay inconveniente en mezclar las sílabas directas con las inversas, puesto que el ejercicio preliminar les habrá iniciado en su mecanismo; pero sería faltar al principio de ir siempre de lo conocido á lo desconocido, y de lo más sencillo á lo más difícil, y faltar también á la condición de una buena síntesis el preferir las palabras; por ejemplo: *bien, fiel*, etc., á las *dia, mio*, etc., y aun á otras, como *bañil, león, leer*, etc., porque éstas contienen dos sílabas y las primeras que hemos mencionado sólo una. El niño aprenderá con mayor facilidad á leer *dia* que *dos*, y mejor *pie* que *pies*. Por consiguiente, es un tránsito más natural el ir de las palabras monosílabas que contienen una sola sílaba directa ó inversa, á las que contienen dos sílabas una directa y otra formada por una sola vocal, que continuar con los monosílabos de tres y cuatro letras, porque en el primer caso, el niño conoce ya, no sólo los elementos, sino la manera de unirlos; y en el segundo, si bien puede decirse que conoce los elementos, no así la manera de enlazarlos. Las palabras de dos sílabas, como *liar, país*, no presentan tampoco las mismas dificultades que las monosílabas *luz, pan*. En efecto, el niño conoce ya, ó á lo menos por analogía, las dos sílabas de que constan

aquéllas, y está enterado del mecanismo de su reunión, siéndole por el contrario desconocido el de las segundas. Además, como las palabras se le han de presentar subdivididas en sílabas, la dificultad se aminora todavía más, y casi desaparece. Por el contrario, de las palabras bisílabas *piar, peón*, se pasa naturalmente á las monosílabas *bien, Dios, piel*, etc., que conducen naturalmente al niño á comprender la lectura de las demás monosílabas, como *das, don, dos, mar*, etc. Como llegado aquí, el niño conoce ya todas las especies de sílabas que abrazan las palabras que acabamos de mencionar, y otras análogas á las mismas, puede internársele insensiblemente y progresivamente en la lectura de las palabras bisílabas y de tres sílabas, que no contengan las que se llaman de contracción. Estas vendrán después; en la inteligencia, que al llegar á esta altura de conocimientos es más fácil para el niño aprender á leer las palabras bisílabas *abro, brisa, otra*, etc., que las monosílabas *Blas, flor, cruz* y otras semejantes; pero ya vencidas estas dificultades, puede continuarse la lectura de todo género de palabras, hasta terminar con las de mayor número de sílabas posible. En la elección de las palabras que empleemos ha de tenerse presente el conseguir que su colección reúna casi todas las combinaciones de sílabas que pueden presentarse en la lectura de las palabras de nuestra lengua, y que en lo posible sean de acepción fácil para la comprensión de los niños. El orden que indicamos contribuye admirablemente al desarrollo de su inteligencia, pues le hace adquirir y recordar á cada palabra una idea nueva. El niño que desde sus primeros pasos en la lectura conoce lo que lee, cobra gusto por esta ocupación, comprende su utilidad, fija su atención, pone en ejercicio el juicio, la inducción, la abstracción, la generalización, facultades todas de nuestra alma que tanto conviene desarrollar. No adquiere el fatal hábito de leer por largo tiempo sonidos que nada significan; por el contrario, se acostumbra á mirar las palabras como signos de ideas, y éstas como imágenes de cosas. Cuando se haya conseguido que el niño adquiera facilidad en la lectura de palabras ordenadas según queda dicho, deben ponerse ante sus ojos los diversos caracteres que usa la imprenta, por el orden alfabético; pues este conocimiento es, no sólo necesario para continuar la lectura, sino sumamente provechoso para el manejo é inteligencia de los diccionarios. También es conveniente presentarle las cifras árabes y las seis letras que entran en la combinación de los números romanos. Para los que se afanan por conseguir que el niño lea lo más pronto posible algunas frases rebuscadas y de incoherente y forzado sentido, y que al efecto no vacilen en colocar al frente ó al lado de un conocimiento silábico, formado por una combinación de sílabas ó bien de palabras, otro ejercicio de frases combinadas con las sílabas ó palabras conocidas, se extrañarán que nosotros, que abordamos este procedimiento en toda la serie de palabras, de cuya combinación ha de resultar el conocimiento de las diversas sílabas que constituyen las dicciones castellanas, no aconsejamos todavía, después de haber conseguido que el niño ven-

za estas dificultades, el tránsito á la lectura de frases. Sin embargo, consecuentes con nuestros principios, aconsejados por la experiencia, convencidos de la necesidad de tiempo para aprender á leer con soltura y sentido, y de la gran utilidad que para conseguirlo presta un hábito prolongado de leer correctamente palabras, queremos aún que al llegar aquí se continúe con un ejercicio de la misma especie, si bien en la elección de éstas palabras se ha de prescindir ya del orden antes indicado, y se ha de atender únicamente al significado de las mismas. Así, las partes del cuerpo humano, los muebles de una casa, las partes de una ciudad, las piedras comunes y las preciosas, los metales, los combustibles, las plantas, los árboles, los animales mamíferos, las aves, los reptiles, los peces, los insectos, los títulos y dignidades, las diversas medidas y monedas, son asuntos de que pueden entresacarse palabras para formar los ejercicios que acabamos de mencionar. Como todo debe ser gradual en los conocimientos que se den á los niños, como es indispensable que los tránsitos sean inmediatos y continuados sin dejar vacíos intermedios, todavía antes de hacer leer á los niños frases, conviene ejercitarlos en la lectura de varios nombres de españoles ilustres, que, por las diversas palabras que contienen, constituyen un tránsito natural de la lectura de palabras á la de frases. Para que se forme idea de lo que queremos dar á entender con esto, bastará citar algunos de estos nombres: *Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, D Jaime el Conquistador, el Cardenal Jiménez de Cisneros, Bartolomé Esteban Murillo, Fray Luis de León, el Padre Juan de Mariana, Miguel de Cervantes Saavedra, etc.*, etc. ¿Quién será capaz de acusar al maestro que ocupe al niño en semejantes ejercicios de lectura? ¿No se enaltecerán con ellos los buenos sentimientos de los niños? ¿No adquirirán desde sus primeros pasos en la escuela ideas útiles y provechosas? ¿No se habrán desarrollado en ellos, no sólo las diversas facultades intelectuales, sino la curiosidad y el sentimiento de lo bello y de lo grande? No se crea que sólo se habrá ganado con esto mejorar el método de lectura en sólo su parte filosófica, sino en su parte didáctica. El niño que haya seguido este método, no sólo habrá desarrollado su inteligencia, sino que leerá con completo desembarazo toda clase de palabras. Entonces conviene comenzar la lectura de frases cortas. Los ejercicios que al efecto se establezcan han de versar sobre Dios y el hombre, sobre los deberes de los niños para con Dios, para con la familia, para con la patria, para con los maestros, para con el prójimo en general y para consigo mismo; por manera que este primer aprendizaje ha de constituir un pequeño curso de moral. Aquí termina el primer grado de lectura: el niño sabe leer palabras y frases; falta dar sólo á éstas colorido y revestirlas de toda la fuerza que exija el discurso. De esto han de ocuparse los siguientes grados de lectura.

En el segundo GRADO ha de comenzar la verdadera lectura corriente. ¿Pero qué ha de leer el niño? ¿Es indiferente poner en sus manos un libro cualquiera? Entonces sabe el niño úni-

camente leer frases de un sentido natural, y de un estilo meramente expositivo. ¿No sería peligroso continuar la lectura de las frases sin la menor gradación? Ciertamente que sí. Y del mismo modo que en la lectura de palabras hemos aconsejado ir venciendo progresivamente las dificultades, y pasar de lo conocido á lo desconocido, así en la lectura de las frases hemos de presentar primero las más fáciles para terminar por las más difíciles. Además, si hemos indicado debe decirse al niño el significado de las palabras que va leyendo, con objeto de que no ignore nunca el sentido de lo que lea, nada más natural que enterarle en la lectura de las frases, de la vía, sendero ó camino con que ha conseguido leer las palabras. Esto le dará á conocer de qué son éstas expresión, lo que entendemos por *idea, juicio, proposición*; y las irregularidades de la lectura le familiarizarán un día con las de la ortografía. Comprenderá también en qué sílaba se ha de elevar el tono de las palabras que lea. Estos conocimientos teóricos de la lectura de palabras fortalecerán el hábito de leerlas, y continuará leyendo frases cortas y períodos de un movimiento compasado y nada difíciles. Pero como al fin ha de aprender á leer escritos en que reinen la pasión y los diversos afectos del ánimo, el niño necesita, no sólo ejercitarse en esta nueva especie de lectura, sino adquirir los conocimientos teóricos necesarios para emprenderla. Ambas cosas pueden conseguirse á la vez, si el libro que se pone en las manos del niño contiene la teoría de las frases y períodos. Fijarse así naturalmente en su *entonación* con el conocimiento de los signos ortográficos y puntuativos. Los niños irán adquiriendo al mismo tiempo la manera más propia de revelar al auditorio cuanto leen, los énfasis, la modulación, las cadencias y la expresión natural de los sentimientos del alma conforme al género del escrito. En este segundo grado de lectura ha de dominar el mismo principio filosófico que en el anterior. El niño, al paso que aprende á leer con verdadero sentido, ha de continuar el desarrollo intelectual y moral con la lectura de cosas útiles, morales y religiosas.

El tercero y último GRADO de lectura comprende naturalmente tres partes: la primera ha de contener ejercicios de todo género de composiciones literarias en prosa; la segunda, ejercicios de composición en verso, y la tercera, conocimientos útiles en prosa y verso.

Pocas reflexiones serán suficientes para persuadir la necesidad de este tercer grado y de la gradación indicada para conseguir el complemento de una buena lectura. Efectivamente: su tono ó estilo ha de ser análogo y acomodado al del género del escrito. Una discusión política, una narración histórica, una oración sagrada ó académica han de leerse en diferente estilo. Las novelas y anécdotas, la tragedia y la comedia, reclaman también diverso tono, y nadie pondrá en duda cuán diferentemente se lee el verso que la prosa. Así, la primera y segunda parte del tercer grado de la lectura están confirmadas por la necesidad; la tercera, por la filosofía. Nada más importante en

efecto que herir la imaginación del niño próximo á salir de la escuela, poniendo en sus manos un libro que le presente con gran fuerza de colorido toda la belleza y armonía de la naturaleza, toda la bondad y sabiduría de la Providencia, y como en lontananza, la utilidad positiva de ciertos conocimientos; en una palabra, las ventajas del trabajo, de la ciencia y de la virtud. ¿Y no ganará inmensamente nuestra hermosa lengua haciendo que los niños lean obras originales españolas, y cobren afición á nuestra literatura nacional? ¿No es vergonzoso que en nuestras escuelas no se ponga en manos de los niños sino libros mal traducidos del francés ó de otros idiomas? ¿No se corrompe por este medio cada día el buen gusto, y decae nuestra lengua? ¿No se cuenta por nada el que los niños se familiaricen desde la infancia con los nombres de Cervantes, Mariana, Solís, Herrera, Rioja, Fray Luis de León y tantos otros que ilustraron nuestra literatura? ¿No es útil y altamente nacional que los niños lean, aunque no sea sino pequeños trozos de estos modelos de bien decir? (1) No prolongaremos nuestras reflexiones, que serían interminables; bastan las hechas.

Expuestas nuestras ideas acerca del método de lectura, réstanos ahora manifestar la manera más propia de proceder para conducir por la senda trazada al perfeccionamiento de este arte.

Antes de manifestar el cómo debe darse la enseñanza de la lectura, según nuestro método, mencionaremos los diversos enseres que al efecto necesitamos. No nos detendremos en consignar aquí lo que ordinariamente se hace. Diremos lo que nosotros creemos conveniente, aunque no todo sea igualmente indispensable. Sabemos que quizá con menos se consigue el fin; pero nosotros queremos ir á este mismo fin por el camino más fácil, llano y corto, y por eso hemos de parecer más exigentes. Ordinariamente se emplea para el primer grado de lectura una serie de carteles ó bien uno ó dos libritos. También se auxilian estos medios con algunos aparatos, según ya hemos visto. Los carteles se usan por lo común en las escuelas mutuas; los libros en las que se rigen por el sistema simultáneo ó mixto; los aparatos auxiliares en las de párvulos. Nosotros pensamos que una serie de carteles que contenga exactamente todo el primer grado de lectura, es cosa útil y económica, pero que nunca dispensa de un libro donde estén reproducidos los mismos carteles. Ya hemos consignado cuál debe ser el método que ha de dirigir la redacción de estos dos medios de enseñanza. También pensamos en un excelente auxiliar de ambos medios, una buena colección de letras móviles. Como según luego veremos, la enseñanza de la lectura ha de comenzar por un ejercicio oral, analítico y sintético de un período elegido de intento; como este período se ha de recitar primero, y luego ver, analizar y comparar repetidas veces durante toda la serie de lecciones del primer grado, es también esencial que posea la escuela un gran

(1) LOS CUADERNOS DE LECTURA por los señores *Avendaño* y *Corderera* realizan las ideas que acabamos de emitir acerca de la lectura.

cartel donde esté escrito el mismo período; y he aquí los útiles convenientes para proceder á la enseñanza de la lectura. Ahora veremos el modo de emplearlos, que es su verdadero procedimiento.

Un ejercicio preliminar de análisis y síntesis oral de algunas frases y palabras, es un excelente medio que predispone al niño á la enseñanza del arte de leer, que en último resultado no es otra cosa que un ejercicio general de la misma especie. Después de haber pensado por algún tiempo en el trozo que elegiríamos para tal objeto, nos hemos fijado en este bellissimo y sencillo pasaje de Cervantes:

«Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, que por las puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero Don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y empezó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel.»

Como el período que acabamos de insertar ha de estar escrito en un gran cartel, y colocado éste sobre el primero de lectura que ha de contener las *vocales* y *consonantes* por el orden que hemos manifestado en otro lugar (1), el maestro, ayudante ó instructor, puesto con sus discípulos ante dichos carteles, leerá con mucha pausa la primera frase del período, esto es: *Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos*. En seguida procurará interesar la curiosidad de los niños explicándoles el sentido de esta frase. Diráles cómo los poetas llaman Apolo al sol, y como las doradas hebras de sus cabellos son los rayos que despide el astro del día, á quien tuvieron los gentiles por verdadero Dios, autor de la naturaleza y del mismo sol. Luego les dirá: «esta frase consta de veintiuna palabras, á saber: *Apenas*, una; *el*, dos; *rubicundo*, tres; *Apolo*, cuatro, etc.» El maestro ó instructor irá marcando al propio tiempo las palabras en el cartel, y practicada ya varias veces esta operación, les dirá: ¿Cuántas palabras hay en las frases *Apenas*, etc.?—Veintiuna.—Cuéntelas V., Anselmo.—*Apenas*, una; *el*, dos, etc.—¿Cuál es la primera palabra de la frase?—*Apenas*.—¿Y la segunda?—*el*.—¿Y la tercera?—*rubicundo*.—¿Y la última?—*cabellos*.

A este ejercicio ha de acompañar el señalamiento de la palabra; de esta manera continuará con las demás frases del período hasta conseguir que los niños cuenten las palabras que tiene cada frase, y sepan el lugar que ocupan en el cartel. Los niños lo saben entonces todo de memoria, y puede comenzarse el análisis oral de las palabras. Al efecto, se les hará notar que no

(1) Página 209.

son todas iguales, sino que las unas tienen más partes que las otras. Fijándose, por ejemplo, en *el* y *rubicundo*, es fácil hacerles comprender que *el* consta de una parte, y *rubicundo* de cuatro, y hacerles notar que estas partes son sonidos. Basta para ello hacerles pronunciar despacio las dos palabras *el, ru... bi... cun... do...* Claramente distinguirán los diversos sonidos de una y otra, y en cuántos excede la segunda á la primera.—Las preguntas de este segundo ejercicio serán: ¿Cuántos sonidos tiene *Apenas*?—Tres.—¿Cuáles son?—*A... pe... nas...*—¿Cuál es el primero?—*A*.—¿Y el segundo?—*pe*.—¿Y el tercero?—*nas*.—¿Cómo dicen los tres sonidos juntos?—*Apenas*.—¿Cuál es el del medio?—*pe*.—¿Y el último?—*nas*.—¿Y el primero?—*A*.—Procuraráse también que el niño se fije en el lugar que ocupa en el cartel el sonido que se le indica. Este ejercicio ha de continuar del mismo modo con todas las palabras de la primera frase y siguientes del período. Cuando los niños se hallan bien impuestos en esta clase de descomposición y recomposición, se les dirá que cada una de las partes de que consta una palabra se llama una sílaba; y se continuarán los ejercicios preguntándoles por las sílabas que hay en las palabras, y haciéndoselas pronunciar muy clara y distintamente, y á veces con cierta separación.

Llegado aquí, conviene ya descomponer las sílabas en letras. Al efecto, se mostrará á los niños en el cartel la palabra APENAS, y se les hará que la pronuncien en sus tres tiempos, esto es, *A... PE... NAS*, llamándoles la atención acerca de los signos de que constan estas sílabas. Luego se les hará notar el primer signo *A*, y se les dirá que lo busquen en el primer cartel de la serie, diciéndoles al propio tiempo el nombre con que se le distingue en el alfabeto. Del mismo modo se procederá con las demás letras de la palabra; hecho lo cual las veces que se juzgue necesario, se continuará de idéntico modo con las otras palabras del período. La referencia de las letras que se encuentran en sus diversas palabras á las del cartel, dará á conocer á los niños todas las del alfabeto menos la *x*, única que no se halla en el período elegido. Conviene entonces hacer observar á los niños esto mismo, y al efecto debemos valernos de las letras móviles, y de la descomposición de las diversas palabras del período. Empezaremos por la primera palabra, é iremos continuando con las demás, y colocando en columnas las letras iguales que resulten, y en una misma línea las desemejantes, que son todas las del alfabeto menos la *x*, según ya dijimos. Para esto se irán colocando las letras móviles sobre un tablero, dispuesto de manera que puedan contenerse del modo siguiente:

A	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
a	a	a	a	a	a	a	a	a	a	a	a	a	a	a	a	a	a	a	a	a	a	a	a	a	a
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j	g	v
	p	e	n	s	h	b	i	l	r	u	c	d	o	t	f	z	ch	y	m	ll	q	ñ	j		